

# Bajo los escombros: Trabajadores, marcas y la política de la representación en la industria textil mundial después de Rana Plaza\*

Mushahid Hussain\*\*



La vieja historia, contada con frecuencia, fue contada una vez más. Esas chicas trabajaban, en promedio, 16 horas y media sin descanso, durante la temporada suelen ser 30 horas...

Justo ahora era el apogeo de la temporada. Era necesario tener listos, en un abrir y cerrar de ojos, los magníficos vestidos para las nobles damas...

Este es Karl Marx ([1867]1976: 364-365) escribiendo a mediados del siglo XIX. Recuerda aquí un informe de un periódico inglés, muy vendido en aquellos días, sobre una joven trabajadora que sucumbía al exceso de trabajo en un régimen emergente de producción industrial capitalista. Para Marx, estas historias proporcionan evidencias sobre la naturaleza y los límites de la explotación capitalista, proceso que materializa la fuente de riqueza acumulada en la producción y alcanza su límite en la indiferencia hacia la vida humana (y no humana). Las narraciones tejidas por estos acontecimientos que presagian la muerte y la degradación son importantes precisamente porque, por un momento, todo el deslumbramiento

y productividad del mundo moderno ocultan su desgarradora cara «b». A medida que estos hechos se repiten, evocan preguntas sobre su normalización en un sistema que parece requerir la vida de quienes lo sostienen.

Más de un siglo y medio después de que Marx contara la muerte de esa trabajadora, los trabajadores siguen siendo explotados «para tener listos, en un abrir y cerrar de ojos, los magníficos vestidos para las damas nobles». Siguen muriendo a causa de ese trabajo, y cuando lo hacen, sus historias pasan a ser de interés periodístico y conmueven, en ocasiones, a otras personas. Este ensayo está escrito en el contexto de uno de esos eventos contemporáneos: cuando un edificio de una fábrica textil se derrumbó en Bangladés matando a más de mil trabajadores el 24 de abril de 2013. Las imágenes circularon en los medios de comunicación mundiales. Hacían ropa para los consumidores en los países más ricos del

\* Artículo traducido para *Laberinto* por Patricia García Espín.

\*\* Miembro del Centro Fernand Braudel y departamento de sociología en la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton. Puede ser contactado en el correo electrónico: [mushahid.mh@gmail.com](mailto:mushahid.mh@gmail.com)

mundo. Este hecho obligó a la reflexión sobre la realidad y los horrores de la explotación, una vez más.

Puede parecer algo trasnochado considerar esas realidades de la explotación como fuente de conocimiento para comprender nuestra coyuntura histórica. Claramente, la forma en que la explotación funciona para la (re)producción del capital, al dominar la organización de las relaciones sociales, ha cambiado desde el primer mundo industrial de Marx. Sin embargo, si la explotación persiste, el cambio ha debido darse en las formas, remodelando así nuestro entendimiento de tales relaciones y sus implicaciones políticas. En los términos citados por Timothy Mitchell (2000), este cambio no puede entenderse simplemente como una transformación en la producción y la compresión espacial (y temporal), sino también como un cambio en otro nivel de diferencias: sus *representaciones*. En este artículo mantengo que la difícil situación de la mano de obra (re)productora de capital en el sector textil de Bangladés, claramente visible en esos acontecimientos episódicos que llevan muerte y destrucción, nos dice algo sobre cómo opera este otro nivel de diferencias.

Me centro en las secuelas después del colapso del edificio de la fábrica de *Rana Plaza* y examino las tensiones en la «política de/contra la explotación» que siguieron para captar el papel de agentes clave y las presiones sistémicas que fundamentan sus propuestas y acciones. Para ello, comienzo analizando el complejo de la industria textil<sup>1</sup> global, los monopolios y la subordinación de los minoristas, los sistemas de producción, las técnicas de gestión de marcas y las culturas de consumo de moda rápida, todo ello en el contexto de una crisis global de rentabilidad. La nueva forma de la producción se sitúa, en pocas palabras, dentro de las especificidades socio-históricas de la explotación en el sector textil en Bangladés, que culmina en el episodio comentado. Una vez que se comprenden estas dinámicas estructurales cambiantes y las narrativas del «progreso» industrial asociadas, podemos entender la existencia de esas brillantes tiendas, al tiempo que las trabajadoras «empoderadas» son desplazadas y exprimidas en sus espacios de

explotación, dando lugar a las consecuencias del episodio. Desarrollamos las tensiones y contradicciones a medida que los diferentes agentes luchan por configurar el *segundo orden de diferencia* (la representación de los hechos) para legitimar o socavar la explotación.

¿Cuáles son las condiciones y presiones bajo las cuales la política de la clase obrera está enmarcada hoy en Bangladés? ¿Cómo podemos repensar la política de clase en marcos normativos donde el nexo trabajador-ciudadano parece cada vez más frágil dentro del capitalismo global? Este ensayo da un paso preliminar para abordar estas preguntas.

## I

La primera tarea para comprender cualquier cosa «global» es reconocer que su tendencia universalizadora se deriva, paradójicamente, de las tremendas variaciones en las prácticas sociales. Lo que hace algo «global» es la forma en que tales variaciones se relacionan entre sí tanto en el tiempo, como a través de concepciones históricas y construcciones en diferentes regiones geográficas del mundo (Makki, 2015; Rosenberg, 2000). La industria textil mundial combina las más diversas prácticas, culturas, políticas y poblaciones en la producción de ropa como mercancía (por ejemplo, Custers, 2012; Elson y Pearson, 1981; Enloe, 1990; Fuentes y Ehrenreich, 1983; Mezzadri, 2016; Nash y Fernandez-Kelly, 1983). Por supuesto, por ropa entendemos esas prendas de vestir que constituyen el grueso de cómo la mayoría de la gente en todo el mundo accede a la vestimenta. La estructura global en la que las prendas de vestir se fabrican hoy y se convierten en mercancías genera ganancias a través del intercambio en el mercado, presenta diversas formas y complejas de acumulación de capital. Dicho de otra manera, dicha estructura es «global» porque reúne diferentes contextos de producción, distribución, intercambio y consumo que trascienden los contextos «nacionales». La mundialización de la industria textil no es nueva, se remonta a procesos que condujeron a la industrialización de la manufactura textil a principios del siglo XIX bajo regímenes en ex-

1. La traducción «industria textil» hace referencia exclusivamente a la industria textil dedicada a la confección de vestimenta, *garment industry* en el original (Nota de la traductora).

pansión del imperialismo europeo moderno.

Para distinguir las prácticas actuales, podemos usar un término popular entre los comentaristas de la industria para indicar la forma contemporánea y dominante adoptada por la estructuración global de producción y consumo de ropa: la «moda rápida» o moda *low-cost*. La tarea aquí no es corroborar variaciones históricas en tal estructura global desde el siglo XIX, sino examinar de cerca el modelo contemporáneo considerando las preguntas anteriores. La coyuntura histórica actual dentro de la cual emerge y se expande esta fabricación es importante, si aludimos a la política que estructura sus condiciones.

¿Dónde rastrear los orígenes de la «moda *low-cost*»? Según la narrativa estándar, esta reestructuración de la industria textil mundial comenzó a principios de los años setenta. Como todas las buenas historias «eurocéntricas», esta narración traza sus raíces en un peculiar contexto europeo, en este caso la oscura ciudad gallega de La Coruña, en el norte de España. Es allí donde un pequeño minorista de prendas de vestir introdujo en la industria textil las técnicas de producción flexible en masa, también conocidas como «toyotismo», debido al fabricante de automóviles japonés. El minorista español pasó a convertirse en el grupo *Inditex* con marcas globales como Zara, que ahora es la mayor compañía mundial de ropa de moda *low-cost* por ingresos (Badía, 2009). En consecuencia, este pionero de la moda *low-cost* ahora define las operaciones de la cadena de la ropa en la industria textil global (Badía, 2009; Hansen, 2012).

En el ámbito empresarial, se experimentó un tremendo crecimiento de los fabricantes minoristas como Inditex. Éstos se basaban en lo que la jerga llama «innovación de procesos». Es una forma de facilitar las economías de escala moviendo el *stock* lo más rápido posible para que los costes asociados se reduzcan drásticamente. Esto se hace posible, por un lado, mediante una producción flexible y de bajo coste que se adapta a la rápida evolución de la demanda del mercado. Por otro lado, también se posibilita a través de mecanismos que alimentan el consumo masivo, manteniendo y en mayor medida dirigiendo los rápidos cambios y el crecimiento de dicha demanda. El motivo u objetivo es aumentar las ganancias aumentando exponencialmente el volumen de ventas, mientras se reducen los

precios minoristas para obtener ventaja competitiva y captar una mayor cuota de mercado. Sin embargo, la contracción de precios es un aspecto secundario en comparación con otros mecanismos –como la marca– que afectan al comportamiento del consumidor y, por tanto, a la demanda del mercado.

Éstas no son, por supuesto, operaciones novedosas para el capital manufacturero. La «innovación de procesos» no es más que una intensificación de la integración de los procesos de trabajo, intercambio y consumo para aumentar las ganancias. Sin embargo, cuando nos movemos más allá del nivel de la empresa para considerar los resultados para el capital en el sector, se observan varias precondiciones. En primer lugar, las producciones «a tiempo», «just-in-time» o «flexibles» dependen de los canales de comunicación instantáneos facilitados por las mejoras en la tecnología de la información durante las últimas décadas. El seguimiento de las condiciones del mercado se vuelve rápido y fiable, teniendo lugar directamente entre los minoristas, los diseñadores y las fábricas, de manera que se garantizan cadenas de suministros sin fisuras. Además, habría una segunda precondición: dichos espacios de producción requieren mano de obra disponible y comprometida para el transporte «barato» y «eficiente».

Estos contextos están relacionados con la desposesión agraria, la afluencia de mano de obra inmigrante excedentaria y su feminización y la precarización del empleo. A través de diversas combinaciones en diferentes países, esos contingentes poblacionales proporcionan la disposición de tales trabajadores desde los años setenta. La comprensión de algunos de estos procesos se examinará más a fondo cuando veamos el crecimiento de un segmento de esta industria global en Bangladés en la siguiente sección.

Desde el punto de vista de la demanda, comenzaron a desplegarse, además, diferentes estrategias de comercialización para recrear la utopía consumista, superando sistemáticamente las diferencias de clase a nivel mundial a través de la separación artificial del momento del consumo. Esto es, las desigualdades materiales globales en capacidad de consumo se distanciaron cada vez más de las aspiraciones (de elevar los niveles de consumo). Esto ha sido generalmente cierto en contextos postcoloniales, por la promesa de de-

sarrollo durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, el replanteamiento de tal promesa sigue dos grandes tendencias. Una es la convergencia relativa en los estándares de consumo de ciertos segmentos de las clases de élite en los países en desarrollo. El otro es el crecimiento del consumo masivo, apalancado por la deuda, sobre todo en los países más ricos del Norte global. Una de las formas dominantes generadas por esa promesa es cultural, caracterizada por el auto-engrandecimiento y el impulso hacia la realización individual a través del consumo desatado. Esta forma cultural no es simplemente producida por lo «económico». También desempeña un papel constitutivo al avanzar a través de las fronteras de clase, hacia un repliegue a modos individualistas de significación política frente a los desafíos colectivos. Diremos más sobre esto en la sección final.

Basta señalar aquí que la proliferación de publicidad, entretenimiento de masas y redes sociales en consonancia con los avances en las tecnologías de la información y fabricación «barata» que sirven cada vez más como canales materiales a través de los cuales esta cultura se instala agresivamente en la vida cotidiana. Además, estos canales tienen hoy un alcance geográfico y sociopolítico sin precedentes. Los mundos diferenciados de producción y consumo están separados, poseen dimensiones socioculturales y políticas históricamente distintas. Este aspecto, como veremos, tiene implicaciones para comprender que la fabricación global de ropa, que se convierte, en muchos aspectos, en nuestro espejo.

Esta desigualdad de clase diferenciada en las condiciones de producción y consumo es importante. Permite delinear las mediaciones económicas, socioculturales y políticas a través de las cuales se sustenta esta separación, lo que a su vez constituye nuestra comprensión abstracta de estos espacios como componentes distintos que estructuran el capitalismo global actual. Según Frederic Jameson (citado en Kaiwar, 2009: 222), «la creciente oposición entre *Wesen* y *Erscheinung*, esencia y apariencia, estructura y experiencia... [Crea un contexto en el que la] experiencia fenomenológica del individuo se limita a un pequeño rincón del mundo socioeconómico, mientras que la «verdad de la experiencia» ya no coincide con el espacio en el que se desarrolla». Por ejemplo, las experiencias de explotación no

se traducen automáticamente en la clase obrera política en subjetividades contra tal explotación. En cambio, esta experiencia está mediada por toda una serie de factores socio-históricos que a menudo separan su «verdad» de los espacios en los que tiene lugar, ya sea la fábrica-taller, del hogar, la nación o el comercio minorista (ver Eley & Nield, 2007 para una excelente revisión de los debates aquí señalados).

Los procesos generales que condicionan nuestro «pequeño rincón del mundo socioeconómico», ya estén caracterizados por la explotación o ya por el auto-engrandecimiento del consumo, son el hacha misma que arranca y desmiente nuestros sentidos inmediatos. En otras palabras, estamos hablando de procesos que crean la diferencia entre el cambio en los espacios de producción (y consumo) y sus representaciones en términos económicos, socioculturales y políticos. Las prácticas omnipresentes de la «marca» en la industria textil global contemporánea indican procesos sobre esa separación entre la experiencia (producción-consumo) y su representación. El *branding* no es simplemente un ejercicio para hacer la demanda del consumidor «fiel» e «insaciable» para la estabilización de la acumulación capitalista; son un proceso complejo que destaca cómo opera el segundo orden de diferencias (el de las representaciones). El caso de la marca «Zara» es útil ver cómo interactúa el contexto económico con la forma cultural aludida anteriormente, la de la marca y su representación pública. La «protección de la imagen de marca» se convierte en la piedra angular en la lucha de clases.

A diferencia de la mayoría de los vendedores de bienes de consumo de rápida circulación, incluyendo los minoristas de ropa, los propietarios de la marca Zara no gastan grandes sumas en anuncios para sostener el deseo y la demanda. Más bien, dirigen el comportamiento de los consumidores haciendo que las tendencias de moda de la élite estén disponibles en forma asequible a compradores de clase media y obrera en el Norte global, también para las clases medias en ascenso en el Sur. Mucho se debe a la imagen de la marca, que mantiene su proximidad a las marcas caras, de diseñadores como Gucci, Armani y así sucesivamente (Badía, 2009; Hansen, 2012). Incluso, localizan sus tiendas tan cerca como sea posible de estas marcas de alta costu-

ra. Esta estrategia de marca significa que Zara se comercializa en tiendas de aspecto exquisito en distritos comerciales de alta gama (a menudo en bienes inmobiliarios primera calidad). La venta de ropa que está diseñada para igualar las marcas de gama alta, pero a un precio mucho menor (Hansen, 2012). No se puede subestimar la importancia de la imagen de marca y el deseo que despierta en las mentes de sus consumidores, que «obtienen lo mejor, pero por una ganga».

La imagen de marca no sólo facilita la demanda y la rentabilidad, sino que elimina de la conciencia del consumidor las «impurezas» de la explotación en la que se basa. Este segundo aspecto es menos obvio pero crucial. El *branding* aquí es mucho más que un proceso que asegura ventajas económicas a las empresas capitalistas individuales en la competencia del mercado. Es un lenguaje cultural que involucra a las personas en un cálculo costo-beneficio que media entre los deseos inducidos y sus consecuencias explotadoras. Es un marcador de «prácticas empresariales éticas», es símbolo de la «autorrealización» a través del consumo y el garante de «límites tolerables» a la explotación. La mercancía debe, por lo tanto, inducir e inhibir cualquier otra respuesta emotiva que no sea afirmativa, obligando esta imagen a negociar todos los vínculos dentro y entre la producción y el consumo.

Trasladando los engranajes de lo sectorial a lo sistémico, ahora podemos trasladar esta forma cultural dominante (de la cual las estrategias de marca son la parte crucial) a una coyuntura de crisis económica mundial desde los años setenta. En su nivel más general, los estudiosos críticos han argumentado que la respuesta sistémica a tal crisis ha implicado «arreglos» espaciales y temporales para compensar una tasa de rentabilidad en declive (Arrighi, 2004; Harvey, 2009; McNally, 2011). La mercadotecnia moderna (que ha asumido la importancia creciente de la marca corporativa), en esta coyuntura de crisis, es particularmente interesante (cf. Arons, 2011; Wilkie & Moore, 2003). Señala un aspecto de la «corrección temporal» que compensa la caída en la rentabilidad. Esta compensación depende cada vez más de la aceleración de la rotación del *stock* a través del consumo «rápido». Viene condicionado por la reestructuración espacial en la producción («flexible», «low cost»), la financiarización de la vida cotidiana (créditos) y

los nuevos lenguajes socioculturales sobre las posiciones de clase y el consumismo. Las contradicciones sobre tales reelaboraciones y los antagonismos sistémicos se revelan de manera muy marcada en momentos en que el resplandor de las tiendas se oscurece entre los escombros de la vida de los trabajadores diezmados. Las crisis se resuelven en una explotación intensificada e incluso en la muerte, pero ¿para quién y por cuánto tiempo? Pasemos ahora a la otra parte de este ensayo, donde el prisma del capital da paso a la industria textil global.

## II

Alrededor de las 8 de la mañana en el edificio de la plaza Rana, cerca de cuatro mil trabajadores comenzaron a trabajar. Era la mañana del día 24. Los trabajadores estaban descontentos porque habían aparecido enormes grietas en el edificio el día anterior -la mayoría de las tiendas y oficinas en las plantas inferiores del edificio estaban cerradas, pero las cinco fábricas de ropa alojadas en los pisos superiores habían anunciado que seguirían operando. Los medios de comunicación locales habían llamado la atención sobre las grietas, pero el propietario del edificio les dijo que era seguro. Cuando los trabajadores protestaron, los gerentes de una de las fábricas, Ether Tex Limited, amenazaron con retener un mes de salario si no aparecían al día siguiente. Los pedidos grandes tenían que ser procesados dentro de los plazos -*la moda rápida tenía que ser rápida*. Los generadores diésel, en la planta superior, se encendieron y las máquinas retumbaron. Entonces, las manos y los dedos volvieron a su ocupación compulsiva durante una hora o así, y como la vibración de las máquinas afectó a la estructura agrietada, ésta finalmente cedió y el edificio se desmoronó, llevándose consigo la vida de más de 1 130 trabajadores (Feldman, 2017; Goos & Hoppe, 2013; Marriott, 2013; Muhammad, 2015).

El acero retorcido, sangre y hormigón en medio de las ruinas de la fábrica constituían sólo otra parte del espacio de producción creado por la industria textil global. Esta pausa en la producción volvió a hacer visible el contenido social de la explotación: el desprecio por la vida humana, en la medida en que la fuerza de trabajo o la capacidad de trabajo rinde más que el trabajo

necesario para reproducir diariamente al trabajador. Como Marx lo señaló hace mucho tiempo, este es el secreto de la plusvalía, administrado y apropiado por una clase de no-productores en el proceso de acumulación de capital. Los orígenes de la moda rápida y la increíble rentabilidad que genera para el capital de fabricación al por menor es dependiente de la intensificación de la explotación en el lado de la oferta o la producción. El imperativo de responder a la rápida demanda de los consumidores necesita trabajadores «flexibles» a su disposición, convirtiéndose en una fuerza impersonal que no puede prestar atención a estos «sujetos objetivados» una vez que las cosas se ponen en movimiento (cf. Holloway, 2002). La «temporalidad exacta» se convierte esencialmente en un acortamiento del tiempo, de ahí el éxito capitalista en detener la caída de la rentabilidad. Mientras que observamos cómo esto se hace desde el punto de vista del capital, aquí vemos su vientre constitutivo, por así decirlo. Nuevos espacios de explotación intensificada se crean a través de una serie de desposesiones continuas que tienen lugar fuera de la fábrica. Éstas son quizás más intensamente iluminadas cuando la explotación en la propia fábrica está obligada a detenerse en medio de la muerte y la devastación.

La subcontratación de la producción textil en Bangladés surgió sobre todo en un contexto de desposesión agraria impulsada por una promesa de desarrollo de la industrialización. Sucedió a costa del mejoramiento agrario a través de medidas redistributivas e igualitarias. Este camino bien trazado de transferencia de excedentes de mano de obra entre sectores, se intensificó durante los años ochenta con programas de ajuste estructural liderados por intervenciones institucionales que representaban al capital financiero global (cf. Nuruzzaman, 2004). Las políticas estatales y las asignaciones hacia la mejora agraria se estancaron hasta el punto en que una clara mayoría de la población trabajadora/productora se apoyaba en un sector que se había reducido económicamente a menos de una quinta parte del PIB total del país en 2013<sup>2</sup>. Este estancamiento de la agricultura, junto con la creciente mone-

tización y mercantilización de la economía social rural, creó las presiones de un proceso clásico de proletarianización en el Bangladés agrario. Sin embargo, este proceso «clásico» tuvo una importante variación, en la medida en que no dio lugar a una clase de trabajadores sin tierra, sino a la creación de lo que Immanuel Wallerstein (1983) llama hogares «semiproletarios».

En lugar de la desposesión absoluta de los pequeños hogares campesinos que constituían gran parte del Bangladés agrario, a menudo estos hogares se veían obligados a adoptar diversas estrategias para reproducir sus posiciones de clase y su estatus en la sociedad rural. Bajo las crecientes presiones de la mercantilización, estas estrategias frecuentemente requerían la «liberación» de ciertos miembros del hogar para el trabajo asalariado. Paradójicamente, para una sociedad estructurada en torno a las formas de autoridad patriarcal que limitaban la participación pública de la mujer en la actividad generadora de ingresos, los miembros liberados solían ser las mujeres jóvenes solteras (Feldman, 2009; Kibria, 1998). Esta forma peculiar de proletarianización marcó una precondition para el ascenso de la fabricación textil moderna en Bangladés, caracterizada desde el principio por una mano de obra en gran parte feminizada. Es imposible comprender la trayectoria de las luchas laborales de Bangladés hoy y sus implicaciones más amplias sin percibir este contexto en el que este sector adquiere predominio.

Al mismo tiempo, un proceso completamente diferente estaba surgiendo con raíces en el mismo Bangladés rural/provincial. A partir de la independencia del país en 1971, el vacío administrativo en los diferentes niveles del gobierno estatal fue gradualmente llenado por personal formado por miembros analfabetos de los hogares campesinos o profesionales que venían de las aldeas y las ciudades de provincias (Schendel, 2009). Algunos, debido a sus posiciones oficiales en los ministerios de exterior y de economía/finanzas, desarrollaron contactos con inversores del sector de la confección, por ejemplo, en Corea del Sur y Taiwán. Estos inversores estaban interesados en invertir su capital hacia la con-

2. World Bank Databank – Bangladesh: Agriculture, Value added (% of GDP) – <http://data.worldbank.org/indicator/NV.AGR.TOTL.ZS?locations=BD>; Bangladesh Bureau of Statistics: Report on Labour Force Survey, 2010 – <http://203.112.218.66/WebTestApplication/userfiles/Image/Latest%20Statistics%20Release/LFS%20Report%202010.pdf>

fección a lugares de bajo costo. Este capital ya estaba altamente integrado con los mercados y compradores del Norte, y el cambio fue en parte una estrategia para contrarrestar la caída de la industria en esos países, mientras se expandían hacia la producción de mercancías de mayor valor agregado (Saxena, 2014).

Estos burócratas estatales estaban, por lo tanto, entre los primeros de una clase emprendedora local emergente con profundas raíces y lazos de parentesco con sus aldeas y ciudades de provincias (Ahmed, 2004). Podían movilizar una fuerza de trabajo inicial acercándose a sus parientes menos favorecidos, convenciendo a los miembros masculinos del hogar para que permitieran a sus niñas dedicarse al trabajo asalariado. Como los investigadores sobre el tema han mostrado meticulosamente, la necesidad de ingresos monetarios suplementarios para mantener las posiciones de clase y el prestigio creó espacio para que la autoridad patriarcal negociara la aparición de las mujeres como trabajadoras, con la promesa de reproducción de dichas posiciones (Feldman, 2009; Kabeer, 2002). Los lazos de parentesco construyeron confianza y permitieron que «parientes de la ciudad» y «hermanos industriales» movilizaran una fuerza de trabajo femenina, obligada y condescendiente. Al mismo tiempo, esta negociación permitió gradualmente a estas mujeres apropiarse en cierta medida de los términos de su propio bienestar asegurando sus futuros medios de subsistencia a través de mejores perspectivas de matrimonio y de relativa independencia económica (Feldman, 2009; Kabeer, 2004; Kabeer & Mahmud, 2004). Por otra parte, este entrelazamiento de las obligaciones familiares y la autoridad patrón-patriarcal impide efectivamente, al menos en los primeros años de expansión, las tendencias de organización de clase.

Estos avances fueron respaldados por una autoridad estatal cada vez más represiva que empezó a adaptarse a la coyuntura neoliberal a nivel mundial. También empezó a reorganizar el desarrollo nacional como industrialización orientada a la exportación y/o la agricultura. Sin entrar en las múltiples complejidades socioeconómicas y políticas que dieron forma al cambio de un imaginario de desarrollo de autosuficiencia agroindustrial y justicia redistributiva, la dimensión de clase de tal cambio puede ser delineada a través

de una mirada a la industria del vestido (por ejemplo, ver Muhammad, 2015; Saxena, 2014). El aumento de las zonas francas de exportación, la concesión de subvenciones estatales masivas a través de exenciones fiscales y la ilegalización de los sindicatos hicieron que los empresarios locales de este sector (en asociación con el capital extranjero) fueran el segundo mayor proveedor de ropa (Rahman, 2013). Estos cambios fueron, por supuesto, impulsados simultáneamente por el crecimiento de la moda rápida, donde los minoristas de primera línea en el Norte global empezaron a trasladar la producción a estos sitios de fabricación «flexible» de menor costo. La mayor parte del trabajo de producción se ha desplazado de lugares como La Coruña a los suburbios de Dacca, a pesar de los acuerdos internacionales como el *Acuerdo Multifibras* que buscaba proteger los mercados y el empleo del Norte (Saxena, 2014; en cualquier caso, esa protección se había suprimido a principios de los años 2000).

Tal expansión drástica rápidamente debilitó los lazos de parentesco y de patrono-patriarcal, aun cuando surgieron nuevas formas de autoridad y control del trabajo para reemplazarlas (cf. Custers, 1997). La represión policial, las tácticas de ruptura de los sindicatos, las sanciones legales a favor de los patrones y las agencias proveedoras de servicios, como los «comités de bienestar» dirigidos por las empresas, intentaron mantener a raya a los trabajadores en sus condiciones de explotación intensificada (Muhammad, 2015; Z. Rahman, 2011).

El «patriarcado del salario», como Silvia Federici (2012) decía, surge aquí en forma invertida ya un nivel superior al de la familia se establece. La mano de obra femenina en gran parte feminizada fue y sigue siendo celebrada como el símbolo de la emancipación y el empoderamiento de las mujeres, como símbolos del desarrollo nacional que alimenta el estatus de «potencia exportadora» de Bangladés (Siddiqi, 2000). Tales representaciones hegemónicas se formulan aun cuando los arreglos socioculturales y las prácticas institucionales impiden que esta clase obrera organice sus propias representaciones con un cierto grado de autonomía. El descontento queda aislado al quitar incluso la posibilidad de imaginar alternativas -con condiciones materiales de subsistencia más inseguras, tales trabajadores intensamente explotados

son considerados los «afortunados», pero aun así (sobre todo) que consiguen sobrevivir (cf. Kabeer, 2004).

Por otra parte, como ha demostrado Dannecker Petra, la feminización de esta fuerza de trabajo se debe en gran medida al dominio masculino del sindicalismo tradicional. Las actitudes de patronalización hacia las mujeres trabajadoras siguen siendo centrales. Dannecker observa cómo los dirigentes sindicales a menudo (y hasta inconscientemente a veces) ignoran sus problemas como mujeres en una sociedad donde las profundas desigualdades de género han estado históricamente arraigadas en la mayoría de las esferas de la vida privada y pública. Consecuentemente, y agravado por la represión legal de los sindicatos en este sector, los movimientos sindicales siguen teniendo dificultades para obtener un fuerte apoyo (Hossain, 2012; Z. Rahman, 2011 para el nexo histórico entre las políticas de representación y los resultados relativos a los derechos de los trabajadores y la seguridad socioeconómica).

### III

Tragedias como la de la plaza de Rana son momentos cruciales en los que se resurgen los antagonismos históricamente arraigados. En ellas emergen los agentes colectivos que luchan por dirigir las tensiones en su favor. Aquí, tenemos que ir más allá de cómo los cambios estructurales se dan al transformarse los espacios de producción. Debemos indagar sobre cómo se produce la diferencia entre tales espacios transformados y sus representaciones sociales. Este es precisamente el «segundo orden de diferencias» de Mitchell (2000), que proporciona un buen dispositivo de interpretación de los hechos, en la medida en que vemos esa diferencia impugnada y mediatizada por distintos intereses, deseos y aspiraciones colectivas en términos políticos, socioculturales y económicos.

En las caóticas consecuencias del derrumbe del edificio de la plaza Rana, la lucha por cómo se enmarca ese espacio cambiante de producción y sus representaciones ha sido central. En esa situación, podemos observar las acciones e intereses de tres posiciones colectivas ampliamente constituidas. En cada una de esas posiciones podemos analizar cómo el lenguaje cultural dominante sobre la responsabilidad y el bienestar individual media en las tensiones entre la esfera económica y la esfera política. A través de la recuperación de esta tensión central que se observan las posibilidades de renovar la política de clase contra la explotación.

La respuesta inmediata de la *Asociación de Exportadores y Fabricantes de Prendas de Vestir de Bangladés (BGMEA)* y del partido de la élite gobernante fue criminalizar a los individuos directamente asociados con el incidente<sup>3</sup>. Entre ellos estaban el propietario del edificio, Sohel Rana, así como los propietarios de las fábricas, los administradores y los inspectores de edificios, que fueron denunciados como cómplices. Los lazos estrechos de Rana con el gobierno local y las prácticas sistemáticas de construcción ilegal bajo la tutela de los partidos políticos, las autoridades estatales y las mafias inmobiliarias se minimizaron en favor de una visión que enfatizaba la moral contra la codicia individual (cf. Gomes, 2013; Goos & Hoppe, 2013; Marriott, 2013; Odhikar, 2013). Desde los púlpitos resonó la indignación moral de los políticos, economistas, propietarios de fábricas y periodistas que denunciaron vehementemente el «mal que hacen algunos hombres». Si bien tal denuncia es definitivamente apropiada, también genera una «retórica de la individuación» desplegada por las clases propietarias y dominantes para suavizar sus roles activos en la constitución sistémica del problema.

Los propietarios de las fábricas también se convierten en «víctimas» de la industria de la moda rápida, obligados a cumplir con unos pla-

---

3. Las acusaciones han sido anunciadas recientemente: «Rana Plaza Collapse: 38 Charged with Murder over Garment Factory Disaster», *The Guardian*, July 18, 2016 (<https://www.theguardian.com/world/2016/jul/18/rana-plaza-collapse-murder-charges-garment-factory>). Aquí podemos encontrar algunos ejemplos de cómo las típicas respuestas, después del incidente, fueron formuladas: «Corruption, the Killer in Savar: Thoughts for International Response», *The Daily Star*, May 05, 2013 (<http://www.thedailystar.net/news/corruption-the-killer-in-savar-thoughts-for-international-response>). «Sohel Rana: The True Face of Politics», *The Daily Star*, May 06, 2013 (<http://www.thedailystar.net/news/sohel-rana-the-true-face-of-politics>).

zos urgentes de pedido de gran volumen a toda costa. Los márgenes de beneficio relativamente bajos –como los propietarios y sus representantes a menudo reclaman– les dejan «poco margen» cuando se trata de garantizar las normas de seguridad laboral de los trabajadores. Perder negocio frente a los competidores internacionales es blasfemo, y con razón, dado que las importaciones son cruciales para la economía nacional que depende de los ingresos en divisas del sector. No es una sorpresa, por lo tanto, que los políticos y los burócratas que manejan la autoridad estatal (motivados por sobornos personales de este sector en auge) son a menudo compañeros de cama de los propietarios de las fábricas.

Esta narrativa familiar y la posición colectiva que articula en términos económicos se altera cuando la producción se detiene y la destrucción reina, como en el momento de las secuelas de la plaza de Rana. La retórica de la individuación permite a estas clases exhibir sus posiciones subordinadas dentro de la jerarquía mundial-económica capitalista, cuando se abstienen de atribuir tales incidentes a fallas sistémicas en la contabilidad de la vida humana. El recurso a la indignación moral proclamada con fervor sucede en paralelo a la representación de la explotación como una condición que aflige al trabajo individual y no al social, haciéndola escapar cómodamente de las tensiones del discurso sistémico.

Este alejamiento del problema colectivo planteado por ciertas clases se acopla bien a una métrica peculiar sobre el «bienestar». Esta medida evita las preocupaciones sobre las desigualdades materiales y la calidad de vida de la mayoría de los miembros de las clases productoras. Más bien, se echa mano del lenguaje de la autorrealización a través del consumo, que media entre los antagonismos de los intereses colectivos, los deseos y las disposiciones de clases productoras y apropiadoras. Cuando se revelan momentos de intensificación de la explotación a través de estas consecuencias devastadoras, este lenguaje desencadena cálculos de costo-beneficio donde la explotación queda temporalmente aislada. La «imagen de marca» (la realización a través del consumo) se reencarna aquí como el símbolo

del bienestar mismo, y es activamente defendida por una inusual coalición de voces que constituyen una segunda posición colectiva.

Una cuestión inmediata y urgente después del colapso de la plaza Rana fue la de compensar a las familias de los trabajadores afectados que perdieron el sostén de su familia. Después de haber establecido su subordinación e impotencia, los propietarios locales y los actores estatales se unieron en coro de voces –incluyendo a los grupos locales e internacionales de ética del consumidor (por ejemplo, *Clean Clothes Campaign*), sindicatos y organizaciones no gubernamentales (ONG). La presión generada por estos grupos utilizando la protesta y la difamación demostró que podía ser un instrumento importante para impugnar las imágenes de marca santificadas. Esta coalición denunciaba la minimización de la explotación sistémica a través de significados alternativos sobre el bienestar individual. Por lo tanto, las marcas europeas que se abastecían de estas fábricas (como Mango, El Cortes Inglés, H & M, Primark y otros) se vieron obligadas a firmar un acuerdo legalmente vinculante para la transferencia de excedentes para la compensación y la implementación de normas de seguridad (*Clean Clothes Campaign*, 2016)<sup>4</sup>. Un acuerdo similar, aunque sustancialmente más débil, fue firmado voluntariamente por minoristas norteamericanos como Gap, Walmart y Nike, siguiendo las presiones de los grupos de ética del consumidor, sindicatos como el *Centro de Solidaridad* de la AFL-CIO y una comisión del Senado estadounidense (*Committee on Foreign Relations*, 2013; *International Trade Union Confederation*, 2015; cf. Marriott, 2014; Muhammad, 2015).

Esta postura colectiva, no trataba tanto de cuestionar la explotación como de mantener su intensificación dentro de «límites tolerables». Para proteger la imagen de la marca disociándola de los horrores de la explotación, se invocaron ingeniosos planes propuestos por los minoristas, las ONG y las coaliciones de ética del consumidor. Una de esas propuestas provino de Muhammad Yunus (conocido por su proyecto de micro préstamos), cuyo banco Grameen fue el ganador del Premio Nobel de la Paz en 2006. Éste sugirió que la ropa de Bangladés fuera calificada con

4. «Update: Brands Response to Tazreen and Rana Plaza Compensation Demands», *Clean Clothes Campaign*, December 08, 2013 (<https://cleanclothes.org/news/2013/05/24/background-rana-plaza-tazreen>).

una «certificación ética»<sup>5</sup>. Las ONG inspeccionarían y validarían de forma independiente las condiciones de seguridad laboral en las fábricas como parte del proceso de certificación, inspiradas en una lógica similar a las estrategias de marca que muestran la no utilización del trabajo infantil (Rugmark) o el uso de ingredientes orgánicos. El aumento marginal de los precios al por menor sería compensado por las preocupaciones del consumidor ético y financiaría este programa, manteniendo intactos los beneficios de los comerciantes, de los propietarios de las fábricas y la seguridad de los trabajadores.

Esto es, por supuesto, evidente si ignoramos las específicas relaciones históricas de producción y consumo en este sector. Por consiguiente, estas suposiciones son muy improbables de mantener. Por ejemplo, un incremento en los precios de la ropa puede reducir la demanda de los consumidores así como afectar a los beneficios negativamente. Esto es muy probable en un contexto donde la dependencia estructural en la deuda de los consumidores de Norte América y la Unión Europea está alcanzando proporciones difíciles de manejar debido a que el salario real mantiene un descenso sostenido. Desde la perspectiva de la oferta, es muy improbable la supuesta imparcialidad de los «inspectores éticos» de esas ONG pueda existir «por encima» de la influencia de los dueños de la industria local y funcionarios durante el proceso de certificado. Las razones son obvias cuando uno considera el desproporcionado poder de los diferentes actores en esos espacios, especialmente los dueños de las fábricas. En resumen, la estructuración, la lógica operativa y las complejidades específicas que dan forma a la industria textil mundial se eluden completamente cuando se plantean tales medidas de «certificación», sus posibilidades de éxito y el potencial cumplimiento de sus objetivos.

A pesar de la aparente ingenuidad de tales sugerencias y de su improbable realización práctica, este tipo de «soluciones» son mediadores culturales en situaciones de antagonismo, cuando se dan demandas políticas conflic-

tivas. Los espacios devastados, representados por una plaza de Rana colapsada, se presentan como una esfera aislada, un momento excepcional de negligencia cuya excepcional excepción y aislamiento hacen que tal destrucción de la vida humana sea más asumible... hasta que ocurre la siguiente como consecuencia de similar explotación intensificada.

La principal contradicción de propuestas como la presentada por Yunus es que reconocen tal destrucción como algo excepcional. Al considerarla excepcional en la práctica, no aborda las causas de fondo. La verdad de la destrucción y su representación como separada de factores sistémicos como la explotación se mantienen para sostener la imagen de marca y sus significados en un mundo de nuevas promesas de desarrollo. Esta posición colectiva no cuestiona la expansión de las desigualdades de clase al volver, una vez más, a una reivindicación moral fundamentalmente individual, dentro de una política de consumo ético (individual). No revela la estructuración de la totalidad, lo que une la producción y el consumo de ropa en un mundo desigual de distribución e intercambio. Por lo tanto, esta alianza entre clases se enfrenta a límites inherentes, al eliminar del análisis las desigualdades estructurales, manteniendo intactas las condiciones de la explotación intensificada. No imaginan, siquiera, formas contrarias de política.

Un tercer conjunto de respuestas colectivas representa el espacio de la devastación como lugar donde la explotación moldea las experiencias cotidianas. Cuando los trabajadores salieron a las calles inmediatamente después del desastre, las demandas de compensación y seguridad en el lugar de trabajo no fueron los puntos finales, sino las líneas de partida. Las huelgas salvajes se extendieron. Se hicieron huelgas, de nuevo, con objetivos que iban más allá de los salarios atrasados y no pagados, pidiendo el aumento del salario mínimo legal para alcanzar el coste de la vida, se pedía capacidad para formar sindicatos de trabajadores sin criminalizar a los líderes y activistas, y seguridad en los centros de trabajo y en los hogares. Así, se pusieron sobre la mesa

5. «Yunus Call for Change in the Garment Industry», *The Daily Star*, September 05, 2013 (<http://www.thedailystar.net/news/yunus-calls-for-change-in-garment-industry>). «Muhammad Yunus' Bangladesh Workers Proposal is Criticized as 'The Business of Begging'», *The Huffington Post*, May 13, 2013 ([http://www.huffingtonpost.com/2013/05/13/muhammad-yunus-Bangladesh-workers\\_n\\_3267851.html](http://www.huffingtonpost.com/2013/05/13/muhammad-yunus-Bangladesh-workers_n_3267851.html)). También se han propuesto esquemas similares en otros lugares: «Mps Suggest 'Kitemark' Scheme after Bangladesh Factory Collapse», *The Guardian*, November 11, 2013 (<https://www.theguardian.com/world/2013/nov/11/Banglades-rana-plaza-factory-collapse-ethical-certification-scheme>).

una serie de cuestiones en torno a las cuales los trabajadores se habían organizado durante más de dos décadas. Esas reivindicaciones encontraron un renovado ímpetu.<sup>6</sup>

En este contexto, las experiencias cotidianas de los trabajadores continúan generando una representación del complejo de la plaza Rana destruida que corresponde a las formas cotidianas de privación. Estas incluyen la aniquilación del espacio de vida, donde los trabajadores son amontonados en el más pequeño de los cuartos por los rentistas; la mal-nutrición, ya que los precios de los alimentos se disparan con tasas de inflación anual de dos dígitos; de las familias y del tiempo libre, presionados por subsistir y criar a sus niños con ingresos insuficientes, cada vez más dependientes del trabajo no remunerado de las abuelas y esposas doblemente explotadas.

La explotación no termina en la muerte o el exceso de trabajo en la fábrica, va más allá de ese espacio, invadiendo la vida social y la subsistencia. Por lo tanto, las medidas diarias para contrarrestar tal invasión se convierten en fuente de contestación política y en conflicto sociocultural. Como algunos investigadores han demostrado, las quedadas de las trabajadoras al regresar a casa de los turnos nocturnos, para protegerse de la violencia en las peligrosas calles les da poder y seguridad colectiva en una parte importante (y peligrosa) de su jornada de trabajo —a casa. Simultáneamente, las acusaciones de promiscuidad sexual y de deshonor se ven cada vez más impotentes allí donde la autoridad patriarcal busca contrarrestar el poder colectivo. Tales acusaciones, a menudo, tratan de inculcar un temor que aprovechan los propietarios de las fábricas y las autoridades

estatales por el disciplinamiento de la mano de obra a través del patronazgo y la represión (Zaman, 2001; cf. Siddiqi, 2000).

El aumento del coste de la vida obliga a muchos trabajadores y a sus familias a participar de esfuerzos colectivos a nivel de vecindario para el racionamiento, el trabajo doméstico y el cuidado de los niños (Absar, 2002). A través de tales prácticas y compromisos cotidianos, las necesidades colectivas se hacen visibles y se atienden, dando lugar a otras reivindicaciones como mejores escuelas, vecindarios limpios y seguros, buen saneamiento, abastecimiento regular de agua, control de alquileres, carreteras renovadas, etc. Estas demandas no se separan de las condiciones de trabajo, sino que se interpretan como cuestiones comunes y relacionadas que requieren respuestas colectivas en términos de derechos de subsistencia y dignidad básica. En consecuencia, el lenguaje cultural que media en estas demandas, deslegitima otras posiciones individualizadoras, las cuales se debilitan cuando se confrontan las realidades de explotación cotidiana de los trabajadores. La contradicción hecha visible por el espacio devastado de la plaza de Rana desencadena así, a través de estos actores de clase, la visibilización política de espacios de privación invisibles.

El problema se vuelve irresoluble, ya que las reivindicaciones políticas colectivas hechas por los trabajadores son antieconómicas, dentro de la política burguesa contemporánea. Además, son indeseables dentro del contexto estructural en el cual opera la industria textil mundial. Este contexto mantiene costos de producción considerablemente más bajos en Bangladés que en otro lugar de bajo costo, coloca así el atractivo de una alta rentabilidad a través de la intensi-

6. Aquí dejo un conjunto seleccionado de reportajes que documentan la «oleada» de huelgas obreras que han resurgido durante una década en Bangladés, indicando también los problemas que han afrontado (estando los trabajadores textiles al frente) antes y después de Rana Plaza: «Water, Energy and Crisis in Bangladesh», *Libcom*, May 7, 2007 (<http://libcom.org/news/water-energy-and-crisis-Bangladesh-07052007>); «Textile Strikes Rock Bangladesh», *Centre Tricontinental*, September 01, 2010 (<http://www.cetri.be/Textile-strikes-rock-Bangladesh?lang=fr>); «Bangladés Strike Wave Rolls On: Rocks, Papers and Cloth», *Libcom*, May 28, 2010 (<http://libcom.org/news/Bangladesi-strike-wave-rolls-rocks-papers-cloth-28052010>); «Two Years After Rana Plaza: Have Conditions Improved in Bangladesh's Factories?», *The Guardian*, April 24, 2015 (<https://www.theguardian.com/sustainable-business/2015/apr/24/Banglades-factories-building-collapse-garment-dhaka-rana-plaza-brands-hm-gap-workers-construction>). Para un resumen representativo de las condiciones contra las cuales las luchas paulatinamente se han encuadrado, véase Absar (2002) y Human Rights Watch (2015). Para una evaluación crítica del reciente contexto de esta consecuencia específica, véase «Organizing Labour under the Neoliberal Gaze», *The Daily Star*, April 21, 2017 (<http://www.thedailystar.net/star-weekend/spotlight/organising-labour-under-the-neoliberal-gaze-1393885>).

ficación de la explotación directamente sobre los hombros de los trabajadores de Bangladés. El mismo contexto que estimula las demandas y las reivindicaciones de los trabajadores, hace improbable que estas demandas se cumplan ya que planea una potencial fuga de capitales.

No obstante, hay algunos casos de éxito, por ejemplo, en las luchas por elevar el salario mínimo mensual a 68 dólares en 2014. También puede considerarse un éxito la expansión masiva de la formación sindical en los últimos tres años. Este contexto contradictorio, sin embargo, desmiente una cuestión aún más fundamental. A penas tres años después de la subida por ley del salario mínimo sectorial, muchas organizaciones de trabajadores ya están pidiendo su duplicación, lo que indica que lo escrito en el papel no corresponde a las necesidades y aspiraciones de subsistencia sobre el terreno<sup>7</sup>. Indica, además, que se está generando una esfera de intensa contestación sobre las formas de lucha, también por dar forma a otras mediaciones entre contextos intensivos de explotación y sus representaciones. Hay una disputa en términos socioculturales, económicos y políticos.

Como dijo E. P. Thompson una vez, la clase obrera está presente en su propia fabricación. Si bien no se puede presagiar un cambio revolucionario inmediato, los trabajadores de la con-

fección de Bangladés están, ciertamente, en la vanguardia de una política contra la explotación, que en las condiciones actuales, es a la vez una política de subsistencia con dignidad.

En su nivel más básico, tales políticas representan complejas contestaciones en las que se muestra a un sujeto que tiene disposición, revive, muere, y que ya no puede ser el precio del beneficio. A través de tales contestaciones se desafían los lenguajes culturales dominantes que oscurecen los verdaderos costos de la explotación. Generan un segundo orden de significado (el representado por las imágenes de la marca de moda rápida), y abren la posibilidad para que esas representaciones sean reconstruidas desde la perspectiva de quienes producen. A medida que el nexo ciudadano-trabajador continúa desintegrándose en todo el mundo, momentos de tragedia como el de la plaza Rana ilustran cómo las clases productoras se enfrentan a los imaginarios capitalistas hegemónicos para crear otros imaginarios que colocan el sustento de la vida como algo no negociable. Estos momentos amalgaman los fragmentos de una compleja totalidad, dentro de la cual el capitalismo persiste. Al hacerlo muestran lo innombrable, abren nuevas posibilidades para su derrocamiento como objetivo último de una política de clase radical.

---

7. «Behind the Camouflage: A New Strike Wave in the Bangladeshi Garment Sector», *Libcom*, December 31, 2016 (<http://libcom.org/news/behind-camouflage-new-strike-wave-Bangladeshi-garment-sector-31122016>);

«Ashulia-e Sromik Mojuri Briddhir Dabite Domon-piron Pothey Geche Malikera», *Sramik Awaz*, January 13, 2017 (<http://www.sramikawaz.com/interview.php?id=27>); «Bangladesh: Wage Strike Sparks Government Crackdown», *Solidarity Center*, January 6, 2017 (<https://www.solidaritycenter.org/Bangladesh-living-wage-strike-sparks-government-crackdown/>).

## Bibliografía

- ABSAR, S. S.**  
2002. Women Garment Workers in Bangladesh. *Economic & Political Weekly*, 37(29), 3012–3016.
- Ahmed, F. (2004). The Rise of the Bangladesh Garment Industry: Globalization, Women Workers, and Voice. *NWSA Journal*, 16(2), 34–45.
- ARONS, M. DE S.**  
2011, October How Brands Were Born: A Brief History of Modern Marketing. *The Atlantic*. Retrieved from <https://www.theatlantic.com/business/archive/2011/10/how-brands-were-born-a-brief-history-of-modern-marketing/246012/>
- ARRIGHI, G.**  
2004 Spatial fixes, switching crises, and accumulation by dispossession. *Journal of World-Systems Research*, X(2), 527–539.
- BADÍA, E.**  
2009 *Zara and Her Sisters: The Story of the World's Largest Clothing Retailer*. Palgrave Macmillan.
- CLEAN CLOTHES CAMPAIGN.**  
2016 *Rana Plaza 3 Years On: Compensation, Justice, Workers' Safety*. Retrieved from <https://cleanclothes.org/resources/publications/rana-plaza-three-years-on-compensation-justice-and-workers-safety-full-report>
- COMMITTEE ON FOREIGN RELATIONS.**  
2013 *Workers' Safety & Labor Rights in Bangladesh's Garment Sector*. Washington D.C. Retrieved from <https://www.foreign.senate.gov/imo/media/doc/85633.pdf>
- CUSTERS, P.**  
1997 *Capital accumulation and women's labor in Asian economies*. New Delhi: Vistaar Publications.  
2012 *Capital accumulation and women's labor in Asian economies*. New York: Monthly Review Press.
- DANNECKER, P.**  
2000 Collective action, Organisation Building, and Leadership: Women Workers in the Garment Sector in Bangladesh. *Gender & Development*, 8(3), 31–39.
- ELEY, G., Y NIELD, K.**  
2007 *The Future of Class in History: What's Left of the Social?* University of Michigan Press.
- ELSON, D., Y PEARSON, R.**  
1981 The subordination of women and the internationalisation of factory production. In K. Young, C. Wolkowitz, & R. McCullagh (Eds.), *Of Marriage and the Market*. London: CSE Books.
- ENLOE, C.**  
1990 Blue Jeans and Bankers. In *Bananas, beaches and bases: Making feminist sense of international politics*. Berkeley: University of California Press.
- FEDERICI, S.**  
2012 Wages against Housework. In *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction & Feminist Struggle* (pp. 15–22). New York: PM Press.
- FELDMAN, S.**  
2009 Historicizing garment manufacturing in Bangladesh: gender, generation, and new regulatory regimes. *Journal of International Women's Studies*, 11(1), 268–288.  
2017 The building collapse that killed and injured thousands: What can we learn from Rana Plaza? *Sociological Insights for Development Policy*, 2(3), Policy Brief. Retrieved from [https://sociologyof-development.files.wordpress.com/2016/06/2\\_3\\_feldman.pdf](https://sociologyof-development.files.wordpress.com/2016/06/2_3_feldman.pdf)
- FUENTES, A., Y EHRENREICH, B.**  
1983 *Women in the global factory*. Boston: South End Press.
- GOMES, W.**  
2013, May Reason and responsibility: the Rana Plaza collapse. *OpenDemocracy*. Retrieved from <https://www.opendemocracy.net/opensecurity/william-gomes/reason-and-responsibility-rana-plaza-collapse>
- GOOS, H., Y HOPPE, R.**  
2013, July 5 Greed, Globalization and the Dhaka Tragedy. *Der Spiegel*. Retrieved from <http://www.spiegel.de/international/world/Banglades-report-on-dhaka-factory-collapse-points-to-greed-a-909275-3.html>
- HANSEN, S.**  
2012, November 9 How Zara Grew Into the World's Largest Fashion Retailer. *New York Times*. New York. Retrieved from <http://www.nytimes.com/2012/11/11/magazine/how-zara-grew-into-the-worlds-largest-fashion-retailer.html>
- HARVEY, D.**  
2009 The «New» Imperialism: Accumulation by Dispossession. *Socialist Register*, 40, 63–87.
- HOLLOWAY, J.**  
2002 Class and Classification: Against, In and Beyond Labour. In A. Dinerstein & M. Neary (Eds.), *The Labour Debate: an investigation into the theory and practice of capitalist work*. Ashgate.
- HOSSAIN, J.**  
2012 *Economic Security for the Working Poor? Trade-linked Labor Standards, Workers' Rights, and the Politics of Representation of Bangladesh's Garment Workers*. University of Trento, Italy.
- HUMAN RIGHTS WATCH**  
2015 *Whoever Raises their Head Suffers the Most: Workers' Rights in Bangladesi Garment Factories*. Retrieved from [http://features.hrw.org/features/HRW\\_2015\\_reports/Bangladesh\\_Garment\\_Factories/](http://features.hrw.org/features/HRW_2015_reports/Bangladesh_Garment_Factories/)
- INTERNATIONAL TRADE UNION CONFEDERATION**  
2015 *An Evaluation of Bangladesh's Sustainability Compact*. Retrieved from [https://www.ituc-csi.org/IMG/pdf/ituc-ia-uni\\_evaluation\\_of\\_the\\_Bangladesh\\_sustainability\\_compact\\_march\\_final.pdf](https://www.ituc-csi.org/IMG/pdf/ituc-ia-uni_evaluation_of_the_Bangladesh_sustainability_compact_march_final.pdf)

**KABEER, N.**

2002 *The Power to Choose: Bangladeshi Women and Labor Market Decisions in London and Dhaka*. London: Verso.

2004 Globalization, labor standards, and women's rights: dilemmas of collective (in) action in an interdependent world. *Feminist Economics*, 10(1), 3–35.

Kabeer, N., & Mahmud, S. (2004). Rags, riches and women workers: export-oriented garment manufacturing in Bangladesh. In M. Carr (Ed.), *Chains of fortune: Linking women producers and* (pp. 133–164). Commonwealth Secretariat.

**KAIWAR, V.**

2009 Hybrid and Alternative Modernities: A Critical Perspective of Postcolonial Studies and the Project of Provincialising Europe. In S. Mazumdar, V. Kaiwar, & T. M. Labica (Eds.), *From orientalism to postcolonialism: Asia, Europe and the lineages of difference* (pp. 206–238). Routledge.

**KIBRIA, N.**

1998 *Becoming a Garments Worker: The Mobilization of Women into the Garments Factories of Bangladesh* (No. 9). Geneva.

**MAKKI, F.**

2015 Reframing development theory: the significance of the idea of uneven and combined development. *Theory and Society*, 44(5), 471–497.

**MARRIOTT, R.**

2013, April The House of Cards: The Savar Building Collapse. *Libcom.org*. Retrieved from <https://libcom.org/news/house-cards-savar-building-collapse-26042013>

2014, August The binds that tie: unions, «solidarity», civil society and foreign policy in Bangladesh. *Libcom.org*. Retrieved from <https://libcom.org/news/binds-tie-unions-«solidarity»-civil-society-foreign-policy-Bangladesh-02082014-0>

**MARX, K.**

[1867]1976 *Capital Volume One* (Trans. Ben Fowkes). London: Penguin Classics.

**M McNALLY, D.**

2011 *Global slump: The economics and politics of crisis and resistance*. PM Press.

**MEZZADRI, A.**

2016 Class, gender and the sweatshop: On the nexus between commodification and exploitation. *Third World Quarterly*.

**MITCHELL, T.**

2000 The Stage of Modernity. In T. Mitchell (Ed.), *Questions of Modernity* (pp. 1–34). University of Minnesota Press.

**MUHAMMAD, A.**

2015 Workers' Lives, Walmart's Pocket. *Economic & Political Weekly*, 50(25), 143–150.

**NASH, J., Y FERNANDEZ-KELLY, M.**

1983 *Women, men, and the international division of labor*. Albany: SUNY Press.

**NURUZZAMAN, M.**

2004 Neoliberal Economic Reforms, the Rich and the Poor in Bangladesh. *Journal of Contemporary Asia*, 34(1), 33–54.

**ODHIKAR.**

2013 *Broken Dreams: A Report on the Rana Plaza Collapse*. Dhaka. Retrieved from <http://cedaw-southasia.org/wp-content/uploads/2013/06/Odhikars-Fact-finding-Report-on-the-Rana-Plaza-Collapse.pdf>

**RAHMAN, S.**

2013 *Broken Promises of Globalization: The Case of the Bangladesh Garment Industry*. Plymouth: Lexington Books.

**RAHMAN, Z.**

2011 *Labour Unions and Labour Movements in the Ready-made Garment Industry in Bangladesh in the Era of Globalization (1980-2009)*. University of Calgary, Alberta, Canada.

**ROSENBERG, J.**

2000 Introduction. In *The Follies of Globalization Theory: Polemical Essays* (pp. 1–15). London: Verso.

**SAXENA, S.**

2014 *Made in Bangladesh, Cambodia, and Sri Lanka: The Labor Behind the Global Garments and Textiles Industries*. Cambria Press.

**SCHENDEL, W. VAN.**

2009 *A History of Bangladesh*. Cambridge University Press.

**SIDDIQI, D.**

2000 Miracle Worker or Womanmachine? Tracking (Trans)national Realities in Bangladeshi Factories. *Economic and Political Weekly*, 35(21/22), 11–17.

**WALLERSTEIN, I.**

1983 *Historical Capitalism*. Verso.

**WILKIE, W., Y MOORE, E.**

2003 Scholarly research in marketing: Exploring the «4 eras» of thought development. *Journal of Public Policy & Marketing*, 22(2), 116–146.

**ZAMAN, H.**

2001 Paid Work and Socio-Political Consciousness of Garment Workers in Bangladesh. *Journal of Contemporary Asia*, 31(2), 145–160.